



**COLECCIÓN**  
**HOJAS FUERA DE RUTA**

Dirección  
ALEJANDRO BILBAO  
HUGO RENATO OCHOA

**TÍTULOS APARECIDOS**

**Alejandro Bilbao / Patrice Vermeren**  
POLÍTICA, FICCIÓN, SUBJETIVACIÓN:  
FIGURAS DE LO HUMANO

**Alejandro Bilbao / Ignacio Morlans**  
DUELO, PÉRDIDA Y SEPARACIÓN:  
FIGURAS DEL SUFRIMIENTO HUMANO

# DUELO, PÉRDIDA Y SEPARACIÓN: FIGURAS DEL SUFRIMIENTO HUMANO

Bajo la Dirección de:  
ALEJANDRO BILBAO / IGNACIO MORLANS

Prefacio de François MARTY

La edición de esta obra ha contado con el apoyo de:



## DUELO, PÉRDIDA Y SEPARACIÓN: FIGURAS DEL SUFRIMIENTO HUMANO

### Compiladores:

ALEJANDRO BILBAO  
IGNACIO MORLANS

### Equipo de corrección, edición y establecimiento del texto:

Joseph Eaton Cabello  
Felipe Henríquez Ruz

### Equipo de traducción:

Rodrigo Cornejo Portilla (Frances - Español)  
Jazmín Valdivia Bravo (Frances - Español)  
Luisa Castaldi (Italiano - Español)

### Traducción y supervisión general:

Alejandro Bilbao

Inscripción N° 196.103  
ISBN: 978-956-17-0469-5

Derechos Reservados

Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Doce de Febrero 187 - Casilla Postal 1415 - Valparaíso - Chile  
Fono (32) 227 30 87 - Fax (32) 227 34 29 - E-mail: [euvs@ucv.cl](mailto:euvs@ucv.cl)  
[www.euv.cl](http://www.euv.cl)

Imprenta LIBRA

HECHO EN CHILE

Octubre de 2010

## AGRADECIMIENTOS

Este libro se encuentra en un estado de deuda frente a aquellas personas que han contribuido a su publicación. Quisiéramos por ello agradecer al College Internacional de L'Adolescence de Paris por el apoyo prestado para su publicación. Al departamento de Psicología de la Universidad de Paris Descartes, por habernos acompañado en esta empresa, junto a gran parte de sus académicos. Agradecer igualmente a Maritza Alderete, Bibliotecaria del Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, de Santiago de Chile, y a Felipe Henríquez y Joseph Eaton, en el establecimiento de los textos que forman parte de esta recopilación.

Nuestros agradecimientos especiales para las autoridades del instituto psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak.

Alejandro BILBAO  
Ignacio MORLANS



# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

- Alejandro Bilbao, Ignacio Morlans ..... 09

## PREFACIO

- François Marty..... 17

## CAPÍTULO I: EL PSICOANÁLISIS FRENTE A LA PROBLEMÁTICA DEL SUFRIMIENTO; TEORÍA METAPSICOLÓGICA DEL DUELO Y LA SEPARACIÓN

- Alejandro Bilbao: *Respecto del sufrir en la vida humana* ..... 25
- François Marty: *¿Sanarse del sufrimiento?* ..... 43
- François Pommier: *El sufrimiento en eco en el psicoanalista*..... 57
- Niklas Bornhauser: *Sufrimiento / Leid* ..... 69
- Juan José Soca: *El cuerpo como caja de resonancia del sufrimiento humano* ..... 83

## CAPÍTULO II: APROXIMACIONES FILOSÓFICAS Y ANTROPOLÓGICAS AL SUFRIMIENTO; LAS FUNCIONES DE LIMINARIDAD DE LA CULTURA

- Juan Carlos Rodríguez: *De la ciudad del trabajo a la ciudad del vacío: el lugar del sufrimiento* ..... 91
- Pedro Mege: *Las inquietudes del automatismo o la máquina de la perplejidad*..... 107
- Patricio Medina: *La espera como forma alienada del sufrimiento humano; la historia interrumpida de un pueblo minero* ..... 117
- Ricardo Espinoza: *Sobre el sufrimiento... Nietzsche*..... 129
- Fedra Cuestas: *El sufrimiento abolido* ..... 147

### CAPÍTULO III: INSTITUCIÓN, LAZO SOCIAL Y ECONOMÍAS PSÍQUICAS DEL SUFRIMIENTO

- Christophe Dejours: *Contribución de la clínica del trabajo a la teoría del sufrimiento* ..... 167
- Horacio Foladori: *Sufrimiento institucional: el burn-out en los equipos de salud* ..... 179
- Jean – Yves Chagnon: *Sufrimiento psíquico y fenómenos de exclusión social; a propósito de una investigación-acción en curso en los post-adolescentes* ..... 189
- Didier Drieu: *Las violencias transubjetivas: sus efectos negativos en la adolescencia y en las instituciones* ..... 199

### CAPÍTULO IV: VIOLENCIA, DUELO, SEPARACIÓN; LA ADOLESCENCIA TOMADA EN LAS PRODUCCIONES ANÍMICAS DEL SUFRIR

- Annie Birraux: *Una pena de amor en la adolescencia o los desafíos de la primera experiencia amorosa* ..... 209
- Maritza Quevedo: *La infancia: una manera de sufrir* ..... 217
- Jean – Yves Le Fourn: *Adolescencia – sufrimiento – padres: a propósito de Jean Nicolas Rimbaud y Franz Kafka* ..... 225
- Valerie Discour: *Problemáticas depresivas en la adolescencia* ..... 231
- Monique Avant: *Sufrimiento del exilio* ..... 241
- Derek Humphreys: *El exilio, la adolescencia y el sufrimiento identitario: pagar los platos rotos* ..... 247
- Caroline Lebrun: *Frente al sufrimiento parental, trabajar colectivamente* ..... 263

### CAPÍTULO V: EL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO EN LAS DINÁMICAS INTERGENERACIONALES Y TRANSGENERACIONALES DE LA FAMILIA

- Luisa Castaldi: *Padecer por el dolor ajeno: las herencias transgeneracionales de duelos y pérdidas no elaboradas* ..... 281
- Maurizio Andolfi: *Intento de suicidio y muertes traumáticas en adolescencia* ..... 297

### BIBLIOGRAFÍA GENERAL ..... 323

### AUTORES ..... 345



## INTRODUCCIÓN

¿Qué puede significar para la actualidad de nuestro tiempo la dimensión humana del sufrir? ¿Qué significaciones y sentidos son los que nuestra condición histórica y cultural hace gravitar en torno de una concepción del sufrir y del dolor? ¿Cómo puede el psicoanálisis intentar un acercamiento a estos problemas, en un momento histórico y social que tiende a destacar la banalización de las facetas que ligan al hombre a lo que hay en él de más esencial: su presencia de ser inacabado e íntimamente enfrentado a los aleas de un devenir? ¿Banalización del sufrir? ¿Qué puede manifestar hoy una expresión de estas características? ¿Qué lugar asignar al sujeto, a sus producciones, a sus vínculos sociales y familiares, a partir de una concepción del sufrimiento delineada por este tipo de parámetros? ¿Qué orden de respuestas pueden esbozarse para el marco global de estas problemáticas? Las respuestas a estos problemas, no pueden indudablemente establecerse, sin antes considerar un cierto número de cuestiones. Pues no se trata solamente de brindar respuestas cuando es la situación general del sufrir anímico la que se ve sometida a cierto número de interrogantes. Antes de ello, es necesario movilizar una delimitación que pueda abarcar las diferentes concepciones y elaboraciones referidas al sufrimiento, para visualizar así, la modalidad de construcción de las respuestas que emanan de esas mismas concepciones. Es todo un campo antropológico y social el que de ese modo se ve solicitado, debiendo responder por el orden de institución de sus procedimientos, objetos y razones.

Situados en el territorio de la existencia cultural de las sociedades modernas, el sufrir

ha constituido un elemento relevante para la comprensión de las tensiones generadas entre los intereses que afectan al individuo y las solicitaciones de constricción impuestas por la cultura. Gran parte de los mecanismos que dicen relación con los procesos de organización y preservación de la cultura, se estructuran de acuerdo a estas tensiones, conflictos y rechazos. No podría haber entendimiento de imaginarios colectivos, que no supongan la articulación de estas difíciles relaciones. Al punto que el sufrimiento puede ser de este modo invocado, como el pago que simbólicamente el individuo realiza frente a un proyecto colectivo que se erige según una lógica de oposición a toda forma abarcadora y absoluta del yo. En efecto, la presencia instituyente del semejante solo puede hacer ingresar una variante de relativización para toda forma absoluta de existencia, dando lugar a que ese *yo* pueda ser pensado como *otro*. Relativización conformadora de compromisos y sustituciones, que tiene como consecuencia más próxima el dramático enfrentamiento del sujeto al plano de las reclamaciones culturales. El pago realizado por el individuo se vuelve por ello deuda, deuda facilitadora de diversas formas de pacto y alianza en el espacio de los objetos movilizados por la cultura. Vemos levantarse así, un curso histórico de lecturas, sentidos y usos del sufrir, hallado en el ámbito de las producciones de liminaridad, de pasaje, de inclusión o de rechazo que la cultura genera. Producciones de sentido que son también producciones de *sujeto*.

Hoy, en lo que respecta al proceder de los procesos de organización, reproducción y preservación de las exigencias culturales, el sufrimiento ha sido sometido a las más diversas derivas de una “ingeniería humana”, observándose en todos estos procedimientos de “optimización” de la vida, no solamente un entendimiento específico para el sufrir, sino también, diversas modalidades de comprensión relativas al hombre. Los procesos de socialización abiertos por las necesidades y requerimientos de la sociedad llamada “moderna”, no han omitido en este sentido la creación de claros espacios de normativización, agenciamiento y administración, para las relaciones que el hombre guarda con el sufrir. Pero no se trata solo del sufrir, pues para todo ser viviente, el sufrir estructura las relaciones que el hombre mantiene con la enfermedad, con la vida y con la muerte. No se debe entender que al llevar una reflexión sobre el sufrir en la actualidad, nos contentemos con destacar la figura de una gravedad fútil para las condiciones de existencia cultural del ser humano, sinónimo de banalización y mutismo colectivo frente al dolor y el padecer. El sufrimiento hace emerger una realidad específica a todo ser viviente, como es aquella de verse enfrentado al mal. La introducción del mal para el viviente humano supone la elaboración de un trabajo del pensar extremadamente íntimo, construido en torno de las grandes cuestiones abiertas por la vida, la muerte y la enfermedad. Todos ellos, actos de valorización, de sentido y significación. Es por esto

que el sufrir puede ordenar una relación posible a la vida, una condición de existencia antes que un saber experimental.

Frente al sufrir, el hombre puede organizar variadas formas de experiencia, saberes experimentales como los propuestos por la propia medicina, pero ese saber no es operable si él no participa de una condición de *no saber*. Condición que todo ser vivo estructura desde la intimidad de su organismo, frente a una ley que no es otra que la *degradación* de la vida. La idea de un sufrimiento humano tomado en su dimensión anímica, yace por ello en la posibilidad de pensar al sufrir en su condición de trabajo de desgaste y resistencia frente a esas condiciones de degradación. Así, podemos mencionar que la vida no es un sueño y la muerte el despertar de la vida, pues la vida despierta en cada acto humano de nombramiento del dolor. Aun si la vida reclama mediante una voz soterrada que ella no puede curarse. La dignidad que la palabra humana recubre en sus distintos atributos de simbolización, llevan a la vida al ámbito de su despertar. La exclusión del sufrir frente a toda situación que convoque a la condición humana, es por ello irrisoria, pero también mortífera. El hombre puede perder lo que yace en él de más digno, su posibilidad de nombrar la vida, el dolor, la muerte y la enfermedad.

Pero la exclusión en la vida humana de la condición del sufrir, puede facultar otras formas de omisión, que aun si hacen de ella un centro importante de sus elaboraciones, la acogen en discursos denegatorios de su realidad más esencial. Es el sufrir tomado solo en su condición de experiencia sentida, móvil de lectura de diversos discursos sociales y psicológicos que vuelven al sufrir un hecho de ficción, un acontecimiento de domesticación, de espectáculo y disciplinamiento.

Se puede optar así frente al sufrimiento, mediante la estructuración de múltiples formas de intervención dirigidas a su administración social, trabajo que puede ser evidenciado de manera elocuente en las certitudes que la medicina deposita en la noción de organismo. Una continuación por la vía de estas certitudes nos acerca a las lecturas estructuradas por un sin fin de discursos ortopedistas al interior de la psicología, asimilaciones ordenadas conforme a la premura de ofrecer una intervención eventual frente al dolor y el malestar que habita en el hombre. Lamentablemente, ellas solo han podido arrojar diversas formas de fortalecimiento narcisístico para el individuo, al grado de permitir representaciones ilusorias como es la concordancia del sujeto a su propio yo. La noción de “individuo”, deudora de esa concordancia, encuentra esta vez una solici-tación análoga a los requerimientos de desempeño y explotación desarrollados por los sistemas de producción de la cultura occidental. Los procedimientos clínicos jamás han sido inocentes en cuanto al radio de sus alcances, ellos pueden producir en una deriva de in-

tervención cualquiera una “administración social” de la subjetividad. Se puede con ello administrar socialmente la vivencia de duelos, una definición de conflicto, una visión de los procesos anímicos comprometidos en la “adaptación” del individuo a su medio. La condición servil a la cual la psicología puede verse expuesta, también recalca en los medios de su constitución, que indican su corto pero intenso camino de emulación del proceder científico de otras ciencias.

Estas consideraciones, que abren un esfuerzo del pensamiento sobre la realidad del sufrimiento humano, nos sitúan en un contexto bien preciso. Si se deniega el lugar que en la economía psíquica cumple el sufrir como agente de un trabajo de representación de las diversas exigencias que yacen en el individuo, todo proceder de intervención se torna prontamente en una tímida técnica servil, sometida a las diversas ingenierías de adaptación y administración del sufrimiento. Procedimientos e ingenierías diversas, que la sociedad moderna ha hecho rápidamente suyas en el afán de producción de un individuo acorde a sus exigencias. Los alcances de esta apropiación “moderna” del sufrir, no ha sido inocua, ella se extiende sobre un dominio de vasta lejanía, perpetuando múltiples formas de relegación y coerción para las reclamaciones y necesidades propias al hombre. Como ya se hiciera notar, el grado de alcance de esta situación desigual se hace sentir en las distintas ortopedias de intervención establecidas hoy conforme a las “necesidades” de nuestro mundo moderno.

Pero por fuera de estos órdenes de normativización, el sufrir puede ser pensado como una condición esencial de reflexión sobre el devenir de la vida anímica. Pudiendo de ese modo ofrecer criterios de lectura centrados sobre otros parámetros para pensar las estructuraciones que el hombre realiza en la relación que mantiene con el sistema de sus objetos. Una concepción centrada en estos parámetros, permitiría acceder a la partición originaria que el ser humano vivencia desde los albores de su condición de ser viviente, poniendo de relevancia el sentido que el sufrir posee para visualizar una lógica del devenir en la vida. Con ella se podría establecer un ejercicio de pensamiento situado en las antípodas de uno de los efectos más devastadores de la denegación del sufrir en la vida anímica: *que el hombre pierda su capacidad de nombrar al sufrimiento.*

Tomado en su dimensión anímica, el sufrir no solo toma el matiz de las desregulaciones que un individuo puede hacer suyas a la luz de normas bien precisas. Lo anterior, solo conduciría a pensar en las vías que pueden re-establecer dichos desarreglos, insistiendo en la faceta de morbilidad que podría serle asociada. Desde los orígenes de la vida anímica, el sufrimiento actúa al modo de un organizador anímico que ampara antes que nada, la serie de las restricciones que la realidad impone para un placer localizado en la parcialidad del cuerpo, por encima de las sollicitaciones de una realidad que no tarda en

tomar el rostro de la cultura. La partición generada por el vértigo de las sollicitaciones pulsionales y las exigencias de tramitación que la cultura ejerce sobre el plano de esas sollicitaciones, nos introducen a la problemática del sufrimiento anímico como una condición de existencia subjetiva, donde la expresión partición acentúa antes que nada una vida sin curación. Como ya se indicara, *La vida no puede curarse*. El sufrir como condición de advenimiento subjetivo no puede curarse, antes bien, él es condición de compromiso, de transformación y de tránsito subjetivo. Al punto que el desarrollo de las distintas disposiciones mentales que un ser viviente debe guardar frente a la normatividad que la vida le exige, son inabordables desde un “por fuera” de toda economía de trabajo, por no decir de *sufrimiento*.

Se torna por ello necesario distinguir en el dominio del sufrir una *condición* de existencia subjetiva, estado que como *condición* faculta las diversas representaciones sentidas del sufrimiento como *experiencia* de dolor. Como se señalara, puede de este modo observarse, que las incógnitas e interrogaciones referidas al sufrimiento no pueden recalar solamente en una elaboración referida al sufrir como *experiencia*, ello no podría más que desapropiar el grado de interés que una elucidación referida al sufrimiento humano podría poseer. La psicología, el psicoanálisis, como cualquier otra disciplina interesada por los móviles que organizan la vida del hombre en cultura, se verían por ello tomadas a partir de una situación que solo sería útil para destacar su condición de técnicas, desapropiándolas de ese modo de sus concepciones y elaboraciones más fértiles.

Sea en el plano de la interioridad de un sentimiento, de la privacidad no transitiva de una reclamación pulsional, o en las exigencias de diferenciación que la cultura fuerza, el sufrir no podría ser experiencia sin la delimitación de esa condición primera de partición. Temporalmente, ella es primera, aun si lógicamente ella es inseparable de la *experiencia* que todo viviente mantiene con el curso de sus propias valorizaciones y normatividades. Estos criterios son los que autorizan que esa experiencia solo pueda ser habitada en el trabajo de un *sentido*, en su figurabilidad y significación.

En lo relativo a estos tópicos, es preciso consignar que desde los primeros postulados elaborados por Freud, la situación abierta por un pensar relativo al sufrimiento como *condición* y *experiencia* nunca fue desdeñado. Muy por el contrario, las experiencias de dolor y del sufrir anímico temprano, fueron admitidas como un momento crucial del desarrollo de los procesos anímicos, incluyéndolas en el plano de las elaboraciones metapsicológicas referidas al desarrollo técnico de una concepción de transferencia. Para textos

tempranos como el “*Proyecto de psicología para neurólogos*”<sup>1</sup>, o en “*Lo inconsciente*”<sup>2</sup> y “*El más allá del principio del placer*”<sup>3</sup>, surgen puntualizaciones que no solamente procuran un entendimiento referido el sufrir, sino que tienden a ubicarlo como un eje central de los dinamismos anímicos comprometidos en la subjetivación anímica. Podrían de esta manera ordenarse los textos metapsicológicos como modalidades de lectura de ese sufrir, en tanto condición inaugural y primera de la vida psíquica. Ello invitaría a no olvidar que gran parte de los textos técnicos, culturales y de historiales clínicos pueden visualizarse como las manifestaciones del sufrir en su estado de *experiencia*.

Para el psicoanálisis, este ángulo de trabajo permite apreciar con claridad la importancia de continuar con una reflexión de carácter metapsicológico en lo referido al sufrimiento. Para de ese modo volver a pensar en las premisas que actualmente construye en lo referido a sus múltiples ámbitos de comprensión y desempeño. Quizás, el título de la presente obra no haga sino insistir en estas solicitudes de trabajo, al reparar en la relevancia que las problemáticas anímicas del duelo, de la separación y de la pérdida cumplen al interior de la vida psíquica. Es lo que podrá ser observado en el primer capítulo de la presente obra, donde son los procedimientos anímicos del duelo, de la pérdida y la separación los que son abordados de manera específica por un grupo de autores. Los aportes de Alejandro Bilbao, de François Marty, de François Pommier, de Niklas Bornhauser y de Juan José Soca, nos trazan al respecto una interesante ruta de análisis.

Pero la problemática del sufrir no puede olvidar el vínculo que mantiene con los lazos que unen al individuo a la cultura, situación generadora de las tensiones, compromisos y duelos que no pueden acallarse en las intenciones de consolidación de un proyecto “contractualista” de sociedad. El sentido subyacente a las grandes creaciones culturales realizadas por el hombre, moviliza permanentemente al cuerpo de estas tensiones, entre por un lado las solicitudes del individuo y las exigencias de sofocación y simbolización propiciadas por la cultura. Los fenómenos de pasaje, de liminaridad, como aquellos vinculados a las producciones rituales estudiados por la antropología, pueden en este sentido indicar la ruta escabrosa de estos problemas. Es el trabajo en el cual se centran Ricardo Espinoza, Pedro Mege, Juan Carlos Rodríguez, Patricio Medina y Fedra Cuestas. Ya sea destacando la espera como forma alienada del sufrir, la función de la inquietud y

---

<sup>1</sup> S.Freud., “*Proyecto de psicología para neurólogos*”, Obras Completas, Vol. I (1886-1899), Editorial Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 1985.

<sup>2</sup> S.Freud., “*Lo Inconsciente*”, Obras Completas, Vol. XIV (1914-1916), Editorial Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 1985.

<sup>3</sup> S.Freud., “*Más allá del principio del placer*”, Obras Completas, Vol. XVIII (1920-1922), Editorial Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 1985

de la perplejidad, las dimensiones filosóficas comprometidas en un entendimiento del sufrir, o inclinándose a mostrar los efectos de una abolición del dolor.

Ahora bien, considerar las formas de conformación y funcionamiento de la economía psíquica bajo el conjunto de las situaciones y experiencias que son ordenadas por el sufrir, implica al mismo tiempo no olvidar el lazo más específico que une al hombre con las instituciones de las cuales forma parte. El tercer capítulo de esta obra, intenta de ese modo adentrarse en aquello que podría denominarse una clínica del trabajo y de la exclusión social. A estos efectos, Christophe Dejours, Horacio Foladori, Jean-Yves Chagnon y Didier Drieu, reflexionan de manera ordenada para el grueso de los problemas que pueden ser ubicados en ese ámbito.

Como se indicara, la importancia que cumplen los procedimientos anímicos comprometidos en las experiencias de separación, pérdida y duelo al interior del devenir anímico, pueden ser también considerados en el lugar que cumplen en los procesos de estructuración del psiquismo adolescente. Son justamente los fenómenos anímicos que se efectúan en la adolescencia los que de mejor manera ilustran los dinamismos que adquieren los procesos subjetivos implicados en la separación, el duelo y la pérdida. Fenómenos que no olvidan la relevancia del factor cultural en la delimitación de sus elaboraciones y problemas. La presente obra les ha conferido entonces un lugar de importancia, constituyendo un capítulo específico. Podrán de este modo visualizarse un conjunto de elaboraciones teóricas que hacen patente la implicancia que los procesos de la violencia, del duelo y la separación, mantienen con las producciones anímicas del sufrir. Es lo que intentan visualizar Annie Birraux, Maritza Quevedo, Jean-Yves Le Fourn, Valerie Discour, Monique Avant, Derek Humphreys y Carolina Lebrun.

Se torna por ello importante de subrayar, que la delimitación tendiente a mostrar la importancia que adquieren los procedimientos anímicos del duelo, de la separación y de la pérdida para una reflexión general sobre el sufrimiento, no se presentan en un horizonte de vasta lejanía. Estos agentes anímicos se vuelven en constructos esenciales de comprensión para la preeminencia que mantiene el sufrir con los actos de creación que todo hombre guarda frente al plano de sus determinaciones, para no decir de la vida y sus exigencias. Actos de creación sujetos muchas veces a fenómenos de impasse, desde determinaciones que no pueden prescindir de la lectura intergeneracional y transgeneracional que los estudios sobre la familia facultan. Tarea que Luisa Castaldi y Mauricio Andolfi intentan evidenciar.

No olvidamos, para finalizar, la situación histórica que cabe para esta obra. Este libro es heredero de un texto publicado con ciertos meses de antelación titulado: *“Subjetivación,*

## INTRODUCCIÓN

*adolescencia e institución: psicopatología clínica y social*<sup>4</sup>, recopilación de diversos textos y artículos que intentaron concentrar el aporte que el Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, realiza en la formación de especialistas en el ámbito de la psicopatología de la adolescencia. Aquel texto constituye en gran medida la antesala intelectual de la presente obra.

Alejandro BILBAO  
Ignacio MORLANS

---

<sup>4</sup> A. Bilbao, I. Morlans. *Subjetivación, Adolescencia e Institución: psicopatología clínica y social*. LOM Editores, Santiago de Chile, 2009.



## PREFACIO

### *El sufrimiento psíquico es la expresión de la humanidad misma*

Hablar del sufrimiento psíquico es hablar de la condición humana. El hombre sueña con una vida sin penas, intentando alcanzar el estado de la felicidad. El ser humano busca vivir en una suerte de paraíso donde todo sería posible, en un espacio desprovisto de limitaciones, dominado por el placer. Esta esperanza es heredera de una experiencia infantil reconstruida e idealizada, donde el objeto habría estado desde siempre allí; disponible y bueno. Es la nostalgia por este estado de plenitud imaginaria el que anima al sujeto en el encuentro que realiza con la realidad en el transcurso de su construcción “subjetiva”. Allí se encuentra seguramente el motor de la vida humana, incluso si cada día la realización de este proyecto es incierta, incompleta y a veces fuera de alcance. Una quimera que hace a la vida dura y cuya ilusión contiene la fuente de la vida. La inclinación hacia el placer, cualquiera sea su forma, empuja al hombre a la búsqueda de una satisfacción inmediata y sin límites, como la que anima al niño antes de que encuentre los límites a esta filosofía hedonista.

Este registro es el de la exigencia tiránica del mundo pulsional, que no tiene como perspectiva más que la imperiosa obtención de satisfacción. Esta exigencia se opone en una lucha que se encuentra en el centro de la civilización y de la cultura, al mundo de la realidad que obliga al respeto de otros valores.

Así, el hombre debe hacer frente a un conflicto donde se oponen dos principios: el primero de ellos animado por esta búsqueda de placer, y el segundo por el respeto de las exigencias de la realidad misma. La mediación de una instancia interna, el yo, se

vuelve necesaria para encontrar una salida aceptable a esta oposición irreductible. ¿Se encuentra el hombre de este modo confrontado a la necesidad de renunciar a una parte de sus pretensiones de placer para poder vivir con sus semejantes? Esta renuncia tiene un precio, frecuentemente exorbitante, considerada bajo la presión que ejerce la vida pulsional. La vida muestra que son pocos los hombres que logran encontrar los compromisos que permiten el acceso a montos de placer confortables, sin por ello poner su propia persona en dificultad con las instancias morales que encarnan las exigencias de la realidad externa. La filosofía freudiana de la vida, examinada bajo el prisma de la vida psíquica y sus leyes, es al respecto pesimista.

El hombre debe pagar bien caro su derecho de entrada a la humanidad; debe renunciar a un número importante de placeres para tener un acceso frecuentemente limitado a los valores superiores de la cultura, para esos goces que no se encuentran a nivel del cuerpo, pero que se extraen de los orígenes de las creaciones más sublimes.

La sublimación es en efecto el proceso que cada uno debe atravesar para transformar esta búsqueda de goce corporal en placer de conocimiento intelectual. El sufrimiento psíquico proviene de esta tensión, de este resto no elaborable que escapa a la transformación y al compromiso, y que mantiene así un nivel de displacer más o menos alto según la flexibilidad de las instancias psíquicas que se oponen en un conflicto permanente.

Muchos factores participan activamente en este estado de tensión que parece impedir al hombre el acceso a la felicidad. El primero y más frecuente es la culpabilidad. El segundo, asociado a él, es el masoquismo. El tercero, de escasa manifestación, es la imposibilidad de integrar las exigencias de la realidad. Considerada en ella misma, la culpabilidad es necesaria como huella de la integración de los límites a partir de los cuales el hombre puede evolucionar. El sentimiento de la falta, de la transgresión, organiza la posibilidad del deseo. Es cuando esta referencia a la ley humana se torna invasiva que ella plantea problemas imponiendo lo prohibido contra toda posibilidad de deseo. La culpabilidad se vincula a toda expresión que compromete la esperanza de un encuentro con el placer, iluminando en el mismo movimiento no solamente al placer mismo, sino también a su búsqueda frente al sentimiento temible de la falta. El sufrimiento se encuentra entonces ligado de manera íntima a esta convicción de que la intensión del deseo es culpable, pero que la expiación no es nunca totalmente liberadora de ese sentimiento de falta. Este exceso de devoción frente al superyó conduce a una forma de religiosidad que hace destacar la adoración de la prohibición antes de toda otra consideración. La depresión puede traducir este combate intenso y desigual entre la búsqueda de satisfacción y la interdicción del deseo. Ella es el signo de un trabajo psíquico que intenta hacer el duelo

de un objeto libidinalmente importante, investido pero perdido. Objeto ya perdido o frente al cual es preciso renunciar. El conflicto psíquico que se encuentra en el centro de la depresión es una forma de tratar psíquicamente la pérdida sufrida, incluso si la salida de ese conflicto permanece incierta.

El masoquismo es la continuación lógica de este modo de funcionamiento, donde el placer parece encontrarse ligado a esta forma de contrariedad que es ese sentimiento de culpabilidad. Pero en este caso, se podría decir que el placer se obtiene bajo la cobertura del displacer, y es esta estrategia de camuflaje la que vuelve al masoquismo particularmente difícil de ser localizado por parte del sujeto. Aquel que se queja del sufrimiento que siente, dice igualmente acerca del beneficio importante que logra extraer de esta situación. A veces, abiertamente reivindicado en el nombre de un imperativo moral superior, el sacrificio de su propio placer puede ser alimentado secretamente por el placer secundario extraído de este renunciamiento autoinfligido. Culpabilidad y masoquismo pertenecen al funcionamiento neurótico, incluso si el masoquismo puede a veces organizarse a partir de un modo perverso. Lo anterior es observable inclusive si en ocasiones puede intensificarse en el funcionamiento melancólico, tal y como se lo encuentra en las psicosis. En ese caso, el investimento libidinal se repliega sobre el yo. El yo se ve conducido a un espacio narcisístico, donde el objeto es evacuado a menos que sea una última estrategia puesta en funcionamiento por el melancólico para preservar este objeto de su propia destrucción. En efecto, se puede ver en la depresión como en la melancolía, o aun en el odio -que no se encuentra ausente de estas configuraciones clínicas-, una manera diabólica de mantener un vínculo con el objeto.

En cuanto a la imposibilidad de integrar las exigencias de la realidad externa, ella se encuentra en dos casos de figuras próximas y sin embargo diferentes. Es en principio el del modo perverso y de los ordenamientos que se ponen en funcionamiento para poder preservar al goce sin tener que pagar el precio. El de un placer sin límites, sin inconvenientes, sin castración finalmente. Es por ello que la perversión es siempre pregenital. Las exigencias de la realidad son evitadas, el sujeto realiza un gesto o impostura frente al hecho que no puede hacer todo lo que le agrada. Pasando de este modo por encima del hecho de que el otro es un sujeto de derecho como él. En este caso, el otro no es más que un objeto e instrumento de su propio goce. La perversión es la negación de la alteridad y de la intersubjetividad. Empero, ella tiene un precio, el de la fijación a los escenarios en los cuales se realiza -situación que conduce a un goce que no puede ser obtenido-, no poder jamás conocer el placer vinculado al encuentro con el otro en la genitalidad. Los objetos de investimento libidinal son por ello siempre parciales en la economía perversa. La función de la perversión es la de evitar la confrontación del sujeto con la angustia

de castración, con la angustia de la pérdida. Los escenarios de la perversión desmienten una parte de la realidad, la parte que es fuente de la angustia, protegiendo así al sujeto del sufrimiento psíquico asociado.

La imposibilidad de integrar los límites de la realidad se encuentra de manera aun más masiva en las organizaciones psicóticas, donde es la realidad externa entera la que es sacrificada en beneficio del mundo interno, sobre todo aquel del registro narcisístico. La negación de la realidad reina, el delirio tiene como función reemplazar a los elementos que podrían contrariar el primado de los investimentos narcisísticos del mundo. En las psicosis, es la realidad externa la que es sacrificada en beneficio del mundo interno, la fragilidad narcisística y la rigidez de las defensas que la acompañan, no permiten el trabajo de compromiso que se puede encontrar en la neurosis. El sufrimiento psíquico psicótico es el que se encuentra ligado a la amenaza de un hundimiento, de una desaparición de sí en el mundo, una angustia de aniquilamiento. Es para luchar contra esta amenaza desgarradora que se ponen en funcionamiento defensas extremadamente rígidas.

Podría decirse que en la neurosis el sujeto se encuentra en búsqueda del paraíso perdido, paraíso que figura un tiempo donde el objeto no faltaba nunca y donde el placer se encontraba siempre al alcance de la mano. En la vida posterior (luego de ese tiempo paradisíaco), el sujeto neurótico busca re-encontrar este estado de plenitud, aquellos momentos donde se sentía comprendido y amado. La caída del paraíso es tanto más fuerte para él, por cuanto ese paraíso mítico solo existe en la imaginación, cuya existencia solo tuvo lugar en la imaginación del bebe que fue. Por tanto, la construcción fantasmática de este estado de beatitud, constituye una etapa fundamental para permitir el proceso del sueño y el desarrollo del fantasma en el encuentro con un objeto suficientemente bueno. El sufrimiento psíquico vendría en ese caso de la dificultad de relanzar esta actividad fantasmática llena de ensoñaciones, de afectos y de emociones que alimentan la relación con el otro. Por el contrario, en la psicosis, el sufrimiento psíquico solo conoce como procedimiento la *escotomización* de la realidad, fuente de una angustia catastrófica. En la perversión es preciso el recurso a la denegación y al clivaje de una parte de la realidad para evitar la angustia de la pérdida.

Vemos esquematizarse así, lo que podría ser el tratamiento del sufrimiento psíquico: relanzar las experiencias primitivas de creatividad donde el objeto es hallado y creado en el espacio transicional con la madre. Volver a dar al sujeto esta capacidad de ensoñación donde la realidad es también la realidad psíquica y no solamente la realidad externa. Si el sufrimiento psíquico no puede ser curado, ya que él no es una enfermedad en sí misma, y si él no es más que una enfermedad del alma, –puesto que forma parte de manera íntima

de la vida psíquica– puede sin embargo ser tratado cuando es expresión de un sufrimiento invalidante, invasor y destructivo para el sujeto. Quizás la perspectiva de este tratamiento deba corresponder a un reencuentro con el placer de pensar, de pensarse. Así el objetivo de la psicoterapia no es el de curar de lo que se sufre, sino más bien de volver a brindar al sujeto su capacidad de probar el placer de la creatividad interna, sin prejuizar por tanto lo que él hará de este espacio de placer y de relativa libertad encontrada.

François MARTY